

NoViolet Bulawayo

GLORIA

Traducido del inglés por Sonia Tapia Sánchez

Título original: *Glory*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022, NoViolet Bulawayo
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Sonia Tapia Sánchez, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-405-3
Depósito legal: M. 17.011-2023
Printed in Spain

Para todas las Jidadas, en todas partes

*Y en memoria del camarada
Pier Paolo Frassinelli*

Independencia

REUNIDOS

Cuando el Padre de la Nación llegó por fin a las celebraciones del Día de la Independencia, no antes de las 3:28 de la tarde, los ciudadanos congregados en la plaza Jidada desde buena mañana estaban hartos de esperar. Podrían haber arrasado toda la plaza solo con su exasperación si Jidada hubiera sido cualquier otro sitio, claro está. Pero esa tierra de animales de granja no era cualquier otro sitio, era Jidada; sí, tholukuthi Jidada, con un «da» y otro «da». Solo recordar algo tan sencillo era suficiente para que los animales se guardaran dentro los sentimientos, como los intestinos. El sol inclemente, que según dicen los que saben formaba parte por decreto del equipo de animadores de Su Excelencia, llevaba resplandeciendo desde media mañana. Lanzaba rayos tan fieros como correspondía a un gobernante cuyo mandato se extendía ya cerca de un total de no una ni dos ni tres, sino cuatro décadas enteras.

Las galas del Partido de Jidada que la mayoría de los animales se había puesto para la ocasión —chaquetas y camisas y faldas y sombreros y bufandas en los diversos colores de la bandera de la nación, muchas de las prendas bordadas con el rostro de Su Excelencia— atrapaban el terrible calor del sol y hacían la espera todavía más inaguantable. Pero no todos los animales estaban dispuestos a soportar aquella tortura. De hecho, algunos comenzaron a marcharse, mascullando que tenían trabajo y cosas que hacer, lu-

gares a donde ir, murmurando sobre los líderes de otras tierras que llegaban a los sitios bien puntuales como el infalible machete de Dios. Estos animales contrariados eran al principio unos pocos —dos cerdos, un gato y un ganso—, pero la facción no tardó en convertirse en una masa respetable. Y, envalentonados por su creciente número y por el ruido de sus propias voces, los disidentes se dirigieron hacia la salida.

En la puerta, el grupo se dio de narices con los defensores de Jidada, tholukuthi los perros adecuadamente provistos con palos, cuerdas, porras, latas de gas lacrimógeno, escudos, pistolas y demás armas típicas de defensa. Era un hecho bien sabido en toda la nación, y más allá de sus fronteras, que los defensores de Jidada eran por naturaleza bestias violentas y dañinas. Sin embargo, fue sobre todo la presencia del famoso comandante Jambanja, reconocible por su típica bandana blanca, lo que impulsó a los disidentes a dar media vuelta de golpe y a retroceder alicaídos sobre sus pasos con el rabo bien metido entre las patas.

ENTRA EL PADRE DE LA NACIÓN: EL GOBERNANTE CUYO MANDATO ES MÁS LARGO QUE LAS SIETE VIDAS SEGUIDAS DE CIENTO GATOS. Y TAMBIÉN EL LÍDER DE MÁS PROLONGADO SERVICIO EN EL CARGO, EN UN CONTINENTE DE LÍDERES DE PROLONGADO SERVICIO, Y NO SOLO EN EL CONTINENTE, SINO EN TODO EL MUNDO ENTERO.

El vehículo de Su Excelencia se abría paso ya entre el gentío con la lentitud de un coche fúnebre, y los animales se desvivían y brincaban como ranas borrachas por vislumbrar un instante al legendario Padre de la Nación. Llegados a este punto, el sol, al ver llegar al líder elegido por designio del mismísimo Dios para gobernar y gobernar y seguir gobernando, un líder que a su vez había ordenado por designio al mismísimo sol encabezar su equipo de animadores, respiró bien hondo y resplandeció a conciencia. Un selecto grupo de dignatarios —todos machos, la mayoría viejos— acompañaba a Su Excelencia sobre sus patas traseras. Acompañando a estos dignatarios acom-

pañantes, iban varios líderes defensores engalanados con uniforme militar, coloridos cordones bordados ceñidos a la cintura, boinas bien caladas, relucientes constelaciones de medallas resplandeciendo en sólidos pechos, insignias estrelladas rebotando en los hombros, guantes blancos en patas delanteras. Eran los generales, tholukuthi la auténtica base del gobierno de Su Excelencia. Por toda la plaza, los animales sacaban los móviles y artilugios para obtener fotografías y vídeos del desfile de poder.

CONTEMPLADLO. SÍ, ÉL. THOLUKUTHI ÉL Y SOLO ÉL. EL ELEGIDO. EL ÚNICO. EL SUPREMO. EL MAGNÍFICO.

Con la llegada de Su Excelencia, la plaza Jidada cobró vida. Tholukuthi que el Padre de la Nación despedía tal aura que su mera presencia en cualquier espacio redistribuía automáticamente los átomos en el aire y convertía cualquier ambiente dado, por muy hostil, lúgubre o nefasto que fuera, en algo positivo y electrizante. Los que saben dicen que esta capacidad había sido diez veces más potente hace mucho mucho tiempo, durante los primeros años del gobierno de Su Excelencia. Entonces, su mera aparición hacía que la fruta verde madurase al instante hasta el punto de pudrirse, curaba a los enfermos de cualquier mal que los aquejara, hacía papilla las piedras, apaciguaba tormentas y olas de calor, redirigía inundaciones, incendios y plagas de langostas, mataba virus mortales incluso antes de que se les ocurriera siquiera atacar, hacía que los ríos secos rebosaran de agua. Sí, tholukuthi que la aparición del Padre de la Nación, en otros tiempos, había puesto motores en marcha, había doblado vigas de acero y, en distintas ocasiones documentadas, había dejado preñadas a montones y montones de vírgenes. De manera que, mucho antes de que se casara con la burra y engendrara hijos con ella, por toda Jidada fluían ya riadas de la sangre de Su Excelencia. Y ahí estaba el Padre de la Nación en ese momento, iluminando la plaza Jidada solo con su presencia, solo por existir. La plaza estalló en ensordecedores aplausos.

Incluso los animales que no hacía mucho pretendían marcharse formaban parte del clamor y, alzados sobre sus patas traseras, vitoreaban a Su Excelencia no solo con sus voces y sus cuerpos, qué va, también con sus corazones y sus mentes y sus almas. Las vacas mugían, los gatos maullaban, las ovejas balaban, los bueyes be-rreaban, los patos y los gansos graznaban, los cerdos gruñían, las gallinas cloqueaban y los pavos voceaban en una cacofonía que alcanzó niveles ensordecedores cuando el séquito de poder llegó a una última parada delante de la tarima elevada.

LOS POBRES Y LOS RICOS NO JUEGAN JUNTOS

Bajo una amplia carpa blanca, se sentaba el Círculo Interno del Órgano del Poder del Partido Jidada, que por supuesto era el partido del gobierno, también conocido como Partido del Poder, del cual Su Excelencia era presidente. Los acompañaban algunos miembros de la familia de Su Excelencia, amigos y honorables invitados. Tholukuthi que el grupo de élite, con toda honestidad y sin envidias, componía una magnífica visión: la ropa más exquisita, joyas caras y preciosos accesorios de adorno, junto con unos cuerpos hermosos, bien sanos y acicalados, la viva imagen de la salud y la buena vida. Estos animales representaban a algunos de los elegidos de Jidada y eran, ciertamente, prueba de la benevolencia del Padre de la Nación. Había sido Su Excelencia quien había hecho ricos a muchos de ellos, si no directamente, sí a través de alguna clase de conexión con él. Eran orgullosos receptores de concesiones de tierras, negocios, licitaciones, préstamos gubernamentales que no necesitaban devolver, herederos de granjas confiscadas, cesionarios de minas, industrias y toda suerte de riquezas.

Como no tenían mucho de lo que ocuparse, pues las celebraciones no habían comenzado, los desdichados animales al sol se deleitaban en el Elegido con ojos codiciosos. Por momentos, hasta olvidaban el calor que les cocía el cuerpo, el hambre que les arañaba las tripas, la sed que les reseca las gargantas. Sí, tholukuthi

que estaban embelesados con la bonita imagen de sus superiores, que sentados a la sombra en cómodas butacas tomaban bebidas frescas. Los animales, acalorados y salivando, lamían con los ojos la imagen como si fuera un vaso helado de hidromiel, y cuando se pasaban la lengua por los labios secos y cuarteados, se llevaban la agradable sorpresa de captar un leve atisbo de dulzor.

THOLUKUTHI ¿¿¿EH???

Las puertas del coche se abrieron ante una alfombra rojo sangre y emergió el Padre de la Nación. Como respondiendo a una señal, la plaza Jidada estalló en una colectiva expresión de asombro. Tholukuthi que la plaza Jidada estalló en una expresión de asombro, pues habían visto salir del coche a un caballo largo, tan frágil que parecía que el más ligero soplo de brisa pudiera tirarlo de golpe al suelo. Era, por tanto, una suerte que hiciera solo calor y no soplara la brisa. Los animales se quedaron mirando boquiabiertos al Padre de la Nación; estaba más viejo que la última vez que lo vieron, cuando de hecho entonces ya era más viejo que la vez anterior que lo habían visto. Caminaba hacia el escenario, poniendo una pezuña detrás de otra con cuidado, con mucho cuidado. Tenía el cuerpo hundido bajo la carga de una enorme camisa verde en la que se veían numerosas impresiones en blanco y negro de su propia cara, aunque en una versión mucho más joven y hermosa. El Viejo Caballo caminó despacio, muy despacio, sobre los mismísimos cascotes con los que en otros tiempos había galopado de aquí para allá, por todo lo largo y ancho de Jidada, a la velocidad de la luz. Cuando por fin logró llegar a la tarima, tras lo que a los animales al sol les pareció dos años y medio, se apoyó contra un atril. Dejó caer su cabeza oblonga y ahí se quedó meneando la cola como si estuviera contando los minutos con ella.

—¿Qué sitio es este? ¿Quiénes son todos esos animales? ¿Y por qué me miran como si tal vez me conocieran? —preguntó el Viejo Caballo sin dirigirse a nadie en particular.